

La Boina.
Los Lunes de

2-165
2-89

O.C. Tous V.

1

"El Imparcial", Madrid, 26 noviembre 1906)

LA BOINA

Toda aquella pintoresca variedad de monteras, gorros, caperuzas y todo género de cubrecabezas va desapareciendo en España ante la boina niveladora. La boina, más cómoda y más barata, expulsa á todos los demás cobertores de la cabeza. Y á la vez destruye el pelo.

Es interesante y sugestiva la historia de la boina en España.

La boina se introdujo del Mediodía de Francia, á principios de la guerra civil carlista de los siete años, hacia 1833, y la introdujeron los llamados «chapelgorris», ó sea «gorros rojos»—la palabra vascongada «chapela», que es el francés «chapeau», es cualquier cubrecabezas—cuerpos volantes cristinos, ó sea liberales. Y aquí tenemos, como primer dato curioso y sugestivo, el de que la boina, que llegó á ser para muchos distintivo del carlismo, fué introducida por tropas liberales, y siempre usada, en ambas guerras carlistas, por tropas liberales también.

Al introducirse la boina en Guipúzcoa y el país vasco todo, empezó por sustituir á los más antiguos y más típicos cubrecabezas del país. Hoy, todavía, se encontrará en rincones del país vasco aldeanos que jamás se hayan puesto una boina. Siendo yo niño, veíase cada día en Bilbao los anchos sombreros de los aldeanos del valle de Arratia, sombreros como la montera asturiana, con anchas alas, recogidas por detrás. Y los de otras regiones de Vizcaya gastaban otros sombreros, y algunos el «chano», un largo gorro de punto, algo parecido á la barretina. Y estos sombreros y gorros habian, á su vez, sustituido á otros más antiguos, como puede verse en un curiosísimo cuadro que se conserva en la Sala de Juntas del Señorío de Vizcaya, en Guernica.

La boina expulsó en el país vasco á los sombreros y gorros anteriores á ella, y llegó pronto á ser prenda típica, y en cierto modo tradicional, del vasco. Al vasco no se le concibe en muchas partes, en América sobre todo, sin boina.

En la desgraciada estatua de Iparraguirre que se alza en Zumárraga, aparece el bardo errante en actitud teatral, como un tener de zarzuela, agarrando la guitarra de un modo que parece va á esgrimirla para romperle la cabeza á alguno con ella, calzado con «mantarres» y abarcas como si se tratase de un labriego, y cubierta la cabeza con una boina. Y yo recuerdo que cuando mi maestro de dibujo y pintura, el Sr. Xecuona, pintor guipuzcoano residente en Bilbao, hacia un retrato de Iparraguirre, al volver éste, viejo ya, de América, le oí decir al cantor del árbol de Guernica que él en su juventud, mientras anduvo de bardo errante, tafiendo la guitarra por romerías y levantando los corazones del pueblo con sus cantos, no usó boina, sino som-



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES

boina

2

brero. Y con sombrero con ancho sombrero, mucho más pintoresco y típico que la boina, aparece en el retrato que de él hizo el pintor bilbaíno Bringas, cuando Iparraguirre era un joven de negra melena. Y es de preferir el Iparraguirre de negra melena bajo ancho sombrero casi cónico, al Iparraguirre de melena blanca bajo raquítica boina.

Véase cómo la boina, introducida en el país vasco hace cosa de dos tercios de siglo, ha venido á ser prenda «tradicional» del vasco. Para que nos fiemos de las tradiciones. Y no desconfío de ver que un día nos representan al canciller Pero López de Ayala, á Legazpi, á Oquendo, á Elcano ó San Ignacio de Loyola con boina. De todo son capaces los tradicionalistas.

¡Y hay tantas boinas! Unas son materiales y de lana, otras espirituales y de ideas ó sentimientos. Y tan tradicionales las unas como las otras.

Visitando una vez el pórtico de la iglesia de Arrigorriaga, cerca de Bilbao, donde hay un antiguo sepulcro, se nos acercó un aldeano y nos dijo: «qué, ¿están ustedes mirando eso? ahí está enterrado un rey moro, al que le mataron en tiempo de la francesada». Conviene saber que una tradición, tan venerable como la de la boina y la del rey moro, dice que allí se dió una batalla entre los leoneses, mandados por un tal príncipe Ordoño, y los vizcainos, y que fué tanta la sangre que corrió que convirtió toda aquella tierra en mineral de hierro, á que debe el nombre de Arrigorriaga, esto es, pedregal rojo.

A las tradiciones les pasa lo mismo que á los sombreros, de donde resulta, en buena lógica y buena historia, que lo más tradicional y lo más tradicionalista es andar en pelo.

Enseñándome una robusta iglesia románica del siglo XII ó XIII, me decía el ingenio párroco, un tradicionalista á tenazón: «Entonces, entonces hacían las cosas sólidas y no ahora; vea cómo este templo ha resistido ocho siglos.» Y hube de contestarle con Pero Grullo: «Claro, como que los que hicieron endeble se han venido abajo; deje usted que pasen ocho siglos más, y de lo que hoy se construye quedará lo bien construido.» El pobre señor olvidaba cuántas fábricas de los buenos tiempos se han hundido por su endeblez de construc-

ción, y cuántas otras se sostienen merced á los puntales y apoyos de los tiempos malos. Y el templo mismo que me enseñaba muestra señales claras de haberse resentido, doblándose sus columnas, aunque el intrépido párroco tradicionalista sostiene que eso es cosa de construcción. Entre estos caprichos de construcción y los adornos para tapar grietas resulta la arquitectura tradicionalista una de las cosas más divertidas.

Y volviendo á la boina, para acabar con ella, ¿no resulta una de las cosas más sugestivas eso de que llegara á ser casi símbolo de la comunión política, que se llama á sí misma por antonomasia tradicionalista, una prenda de cubrir la cabeza introducida en España no hace aún un siglo y por tropas que combatían á las carlistas?

Miguel de UNAMUNO.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.UALES